

Susana GUIJARRO, *La historia cultural: tendencias y nuevas propuestas en la historiografía angloamericana*, "SIGNO. Revista de Historia de la Cultura Escrita" 3 (1996) Universidad de Alcalá de Henares, pp. 163-191.

LA HISTORIA CULTURAL: TENDENCIAS Y NUEVAS PROPUESTAS EN LA HISTORIOGRAFÍA ANGLOAMERICANA

Susana Guijarro
University of Michigan - Universidad de Cantabria

La denominada *Cultural History* o nueva historia cultural se ha desarrollado y logrado su mayor apogeo en los medios académicos angloamericanos durante las dos últimas décadas. De modo paralelo a la relevancia alcanzada por la historia social en la historiografía contemporánea desde los años 60, la versión socio-cultural de la misma ha conducido a la redefinición de la historia intelectual como una historia social de las ideas o mentalidades. Los trabajos de los historiadores producidos en los últimos treinta años han contribuido a cuestionar la visión reduccionista de la historia de la cultura como mero producto de las transformaciones socio-económicas. La convicción de que la cultura juega un papel decisivo como factor de cambio social es uno de los principales fundamentos de la nueva historia cultural. Nos hallamos en un período de confusión motivado por la caída y surgimiento de nuevos paradigmas teóricos. En el estudio de la cultura, de por sí un concepto extremadamente complejo, han participado diferentes disciplinas académicas (antropología, historia social, lingüística, sociología y los estudios literarios, entre otras). Los estudios culturales se han constituido en un campo de estudio propio e interdisciplinar durante las tres últimas décadas, inicialmente en Gran Bretaña y, más recientemente, en Estados Unidos y otros países.

En el presente artículo intentaré esbozar primeramente las definiciones del concepto de cultura articuladas en las tres últimas décadas. En segundo lugar, trataré el origen común de la llamada historia de las mentalidades y de su versión angloamericana, *the Cultural History*, así como las diferencias que se han ido produciendo en la evolución de ambas. Por último, abordaré las recientes tendencias y líneas de investigación de la historia cultural que han atraído a mayor número de

historiadores en el mundo angloamericano. En particular, los campos de mayor interés han sido la alfabetización (*literacy*), los procesos de transmisión cultural concretados en los conceptos oralidad-textualidad, la producción libraria, bibliotecas y lectura, así como las diferencias entre cultura popular y cultura de élites. Dado que el estado actual de la bibliografía sobre la alfabetización fue objeto de un detallado artículo en el primer número de esta revista,¹ me centraré en los estudios más recientes y en aquellos no mencionados en el citado artículo. Así mismo, como medievalista, haré especial énfasis en las implicaciones que la nueva historia cultural está teniendo en la historiografía medieval. Lamentablemente, muchos de estos trabajos son poco utilizados o desconocidos en España debido, en parte, a las limitaciones de las bibliotecas universitarias españolas y al retraso que conlleva el esperar a su traducción a nuestro idioma.

1. Definiciones del concepto de cultura

La proliferación de definiciones del término cultura es un signo de la dificultad de hallar un consenso y de la necesidad de ahondar en los problemas aún no resueltos por la historia social y cultural. Raymond Willians atribuía la complejidad del término a su diferente evolución en varias lenguas europeas y, principalmente, al hecho de que es utilizado en importantes conceptos manejados por diferentes disciplinas intelectuales. Willians resumía en tres sus usos modernos: en el primero, cultura es "un proceso de desarrollo intelectual, espiritual y estético", en el segundo, puede ser "un modo particular de vida, un pueblo, un período o un grupo" y, en el tercero, "las prácticas y trabajos intelectuales, así como la actividad artística."² El término latino *cultus*, originalmente vinculado a la actividad agrícola, pasó a designar una condición o estado del ser cultivado. En el Imperio Romano cultura se convirtió en sinónimo de *urbanitas* (condición superior del ciudadano) y *civilitas* (el cultivo de aquellos con urbanidad y buenas costumbres). En la adaptación alemana el término *kultur* se ligó al cultivo de la compleja vida interior, al de la persona con una educación transmitida y capacidades intelectuales. Fue en el siglo XVIII cuando destacados miembros de la Ilustración (Montesquieu, Voltaire, etc.) anticiparon la moderna interpretación antropológica de cultura como espíritu del pueblo y estilo de vida que evolucionó en el siglo XIX hasta equipararse con la idea de civilización. A fines del pasado siglo, Edward Tylor definía la cultura como "un todo complejo que incluye conocimiento,

¹ La investigación bibliográfica del presente artículo se ha realizado en la *Harlan Hatcher Graduate Library* (University of Michigan) y ha sido posible gracias a una Beca Postdoctoral del Ministerio de Educación y Ciencia en Estados Unidos. Agradezco al Departamento de Historia de la Universidad de Michigan el haberme acogido como *visiting scholar* durante los años académicos 1994 y 1995. Antonio CASTILLO y Carlos SÁEZ, *Paleografía versus alfabetización. Reflexiones sobre historia social de la cultura escrita*, "SIGNO. Revista de Historia de la Cultura Escrita", 1 (1994) pp. 133-168.

² Raymond Willians, *Keywords*, Glasgow, Fontana, 1976, pp. 76 y 80.

creencias, arte, moral, costumbre y otras capacidades y hábitos adquiridos por el ser humano como miembro de una sociedad." Para Tylor la cultura evoluciona como el hombre en sentido progresivo según las teorías biológicas evolucionistas de la época. Su visión influyó en las teorías antropológicas durante al menos cincuenta años.³ A partir de los años 30 la antropología refuerza su carácter empirista contribuyendo a elevar su posición dentro de las ciencias sociales. Primando el trabajo de campo, los antropólogos estudian tribus y recogen datos diversos, lo cual obliga a extender las definiciones de cultura. La cultura fue vinculada a todo lo imaginable, por ejemplo, a movimientos de población y difusión de ideas (Schmidt, 1939), a necesidades básicas (Malinowski, 1944), a geografía, ecología y modos de producción (Steward, 1955), al carácter nacional (Gorer, 1950) etc.⁴ La revisión bibliográfica publicada por Kroeber y Kluckhohn en 1952 puso de manifiesto la proliferación de definiciones de cultura formuladas por entonces. Sus formuladores se apoyaban en diferentes bases: historia, normas, valores, psicología humana, aprendizaje, hábitos, estructuras, símbolos, ideas y asociaciones humanas.⁵ En el análisis de dicho artículo, Leslie A. White (1954) lamentaba el desacuerdo existente sobre los significados de cultura y criticaba a los que defendían que la cultura debe limitarse a las ideas.⁶ Para White la cultura consiste en hechos, fenómenos que existen dentro de los organismos sociales, dentro de los procesos de interacción social entre individuos y dentro de los objetos materiales. La cultura es, pues, algo "vago" y externo a los individuos que se mueven en ella.⁷ Por el contrario, Anthony Wallace en su importante libro *Culture and personality* (1970) concedía los individuos un puesto central cuando definía la cultura como la política tácita y gradualmente confeccionada por grupos de gente para promover sus intereses y los contratos establecidos por la práctica.⁸

La definición de cultura sigue generando discusión. Morris Freilich distingue dos tendencias principales en el debate más reciente que denomina los *adaptionalists* y los *ideationalists*.⁹ Los *ideationalists* defienden esencialmente que la cultura son ideas y incluye entre otros a Claude Lévi-Strauss, David Schneider, Ward Good-

³ Edward B. TYLOR, *Primitive Culture*, Londres, J. Murray, 1871, p.1.

⁴ M. SCHMIDT, *The Cultural Historical Method of Ethnology*, New York, Fortuny's, 1939. Bronislaw MALINOWSKI, *A Scientific Theory of Culture*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1944. Julian STEWARD, *Theory of Cultural Change*, Urbana, University of Illinois Press, 1955 and G. GORER, *The Concept of National Character*, "Science News," 18 (1950), pp. 105-122.

⁵ Alfred L. KROEBER y Clyde KLUCKHOHN, *Culture: A Critical Review of Concepts and Definitions*, "Papers of the Peabody Museum," 47 (1952) Cambridge-Massachusset.

⁶ Leslie A. WHITE, *Review of Culture: A Critical Review of Concepts and Definitions*, "American Anthropologist," 56 (1954), pp.461-486.

⁷ Leslie A. WHITE, *The Concept of Culture*, "American Anthropologist" 61 (1959), pp. 227-251.

⁸ Anthony F. C. WALLACE, *Culture and Personality*, New York, Random House, 2ª ed. 1970, pp. 165-206.

⁹ Morris FREILICH, *The Relevance of Culture*, New York-London, Bergin and Garvey publishers, 1989. Ver especialmente pp. 10-17.

enough y Clifford Geertz.¹⁰ Los *adaptionalists* entienden la cultura básicamente como un mecanismo de adaptación, es decir, creen que las culturas son sistemas de modelos de conducta transmitidos socialmente que sirven para relacionar a las comunidades humanas con su medio natural y que el cambio cultural es en esencia un proceso de adaptación. La tecnología, la economía y todos los elementos de la organización social directamente ligados a la producción son los campos de la cultura donde más incide el proceso de adaptación. Entre sus más reconocidos formuladores se hallan R. A. Rappaport and M. Harris.¹¹ Entre los *ideationalists* es, sin duda, la escuela de Clifford Geertz quien ejerce un palpable liderazgo. La denominada antropología interpretativa de Geertz se opone al modelo científico de antropología. Una cultura, en su opinión, se hace de los significados que la gente encuentra para dar sentido a su existencia y guiar sus actos. Estos significados están dentro de la cultura no fuera de ella. Las sociedades contienen en sí mismas sus propias interpretaciones. Describe la actividad humana como un "texto" y la cultura como un ensamblado de textos cuyos significados el antropólogo debe interpretar. Propone una "*thick description*", es decir, que el texto que el antropólogo interpreta debe estar profundamente imbuido en la complejidad de la vida social.¹² Entre los argumentos más sólidos surgidos en contra de su antropología interpretativa cabe destacar los de Howe, quien sugiere que la "*thick description*" de Geertz no es en la práctica más que una detallada documentación de hechos y circunstancias.¹³ Los simpatizantes de la aplicación de modelos científicos a las ciencias sociales critican el relativismo de su propuesta. David Schneider distingue entre normas y cultura como dos subsistemas que interaccionan. Ambos crean un orden complejo en que la cultura es descrita por el autor como "un número de galaxias con sus significados y símbolos" y las normas aparecen en conjuntos interrelacionados llamados "instituciones". Para comprender la cultura deben estudiarse las normas pero el estudio de éstas por sí solas no permite captar los símbolos y significados. Por tanto, cultura y normas deben estudiarse al unísono.¹⁴

Entre los *adaptionalists* la teoría de Marvin Harris es representativa de lo que se ha conceptualizado como un modelo neomarxista. Desde su perspectiva, la sociedad

¹⁰ Claude LEVI-STRAUSS, *Structural Anthropology*, (traducción de Clare Jacobson), New York, Basic, 1963; David M. SCHNEIDER, *Notes Toward a Theory of Culture en Meaning in Anthropology*, ed. K. BASSO y H. SELBY, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1976. Ward H. GOODENOUGH, *Comment on Cultural Evolution*, "Daedalus" 90 (1961), pp. 521-528 and Clifford GEERTZ, *The Interpretation of Culture*, New York, Basic, 1973.

¹¹ Ver los estudios de R. RAPPAPORT, *Ecology, Meaning and Religion*, Richmond, North Atlantic Books, 1979 and Marvin HARRIS, *Cultural Materialism: The Struggle for a Science of Culture*, New York, Random House, 1979.

¹² Clifford GEERTZ, *The Interpretation of Cultures*, *op. cit.*, pp. 3-30.

¹³ L. E. HOWE, *Comment on "The Thick and The Thin" by Paul Shankman*, "Current Anthropology" 25 (1984), pp. 274-275.

¹⁴ David SCHNEIDER, *Notes Toward a Theory of Culture*, *op. cit.*, pp. 199-201.

es un negocio organizado para satisfacer las necesidades humanas. La cultura es un inteligente conjunto de instituciones designadas para crear los medios y mecanismos que satisfagan dichas necesidades. La inteligencia de esta cultura se apoya en el uso de la razón para conseguir dichos fines y en el uso de técnicas económicas.¹⁵

2. La historia cultural y la historia de las mentalidades

En los años 60 el interés de la historiografía por lo social fue promovido por la influencia de dos paradigmas interpretativos dominantes: el marxismo y la escuela de los Anales francesa. Es bien sabido que esta escuela promocionó el uso de métodos de análisis seriales, funcionales y estructurales para la comprensión de la sociedad como un todo integrado y orgánico. La primera generación de los fundadores de la escuela de los Anales (Marc Bloch y Lucien Febvre), oponiéndose a la historia positivista, abrieron el camino a una historia de los sistemas de creencias, valores y representaciones de un grupo social y de una época. Febvre sugirió la existencia en una época dada de una "estructura de pensamientos" determinada por la evolución socio-económica que promueve construcciones intelectuales y producciones artísticas. Ciertos "outils" mentales (palabras, símbolos, conceptos, etc.) sirven al pensamiento y los grupos sociales los utilizan de diferentes maneras. Ambos medievalistas desarrollaron la noción de que el pensamiento de los individuos y su particular expresión de los valores y creencias reposa sobre unos sistemas establecidos de pensamiento, "mentalidades," que difieren de una época a otra¹⁶ Los análisis de Febvre y Bloch no tienen en cuenta los que Panofsky definió como "hábitos mentales", es decir, esquemas inconscientes y principios interiorizados que confieren unidad al modo de pensar de una época dada e intervienen en la configuración de todos los pensamientos y acciones particulares.¹⁷ La segunda generación de los Anales estuvo liderada por Fernand Braudel y su concepción tripartita del tiempo histórico: estructura (larga duración) en la base, coyuntura (períodos de duración media) y, finalmente, los hechos o eventos (de corta duración). Espacio, tiempo y hombre son los tres abstracciones que guían el concepto de historia en Braudel, si bien el hombre resulta ser no más que el vehículo de las continuas y duraderas interacciones que se producen entre el espacio y el tiempo. Su visión del tiempo histórico es una jerarquía en la cual las estructuras son más decisivas que los hechos históricos y ha sido inscrita, de modo

¹⁵ Marvin HARRIS, *Cultural Materialism: The Struggle for a Science of Culture*, op. cit., pp. 52-56 y 60-70.

¹⁶ Lucien FEBVRE, *Pour une Histoire à part entière*, Paris, École des Hautes Etudes en Sciences Sociales, pp. 743-752 y Stuart CLARK, *The Annales Historians in The Returning of Grand Theory in the Human Sciences*, ed. Quentin SKINNER, Cambridge-Inglaterra, University of Cambridge press, ed. de 1994, p. 181.

¹⁷ Roger CHARTIER, *Cultural History. Between Practices and Representations*, traducción inglesa de Lydia G. Gochrane, Londres, Polity press, 1988, pp. 26-28.

más general, en el contexto del estructuralismo francés.¹⁸ La tercera generación consolidó el modelo jerárquico de análisis que caracteriza a los historiadores de los Anales. Lo que en los años 60 y 70 se denominó mentalidades se situó en un tercer nivel. El primer nivel, la larga duración se vincularía a la historia inmóvil determinada por la biología y la geografía, el segundo nivel, la duración media con las fluctuaciones económicas y sociales y el tercero, corta duración, con la expresiones políticas y culturales de los grupos sociales. Finalmente, lo que puede considerarse la cuarta generación de los Anales inició la fragmentación del paradigma de esta influyente escuela. Por ejemplo, Jacques Revel y François Furet reconocieron que la historia de los Anales no considera la teoría del cambio social, su paradigma no incluye un análisis de los cambios, conflictos o rupturas que pueda rivalizar la visión marxista del proceso histórico. En los años 60 los historiadores de las mentalidades perseguían una mentalidad colectiva que regulaba la representación y la valoración de los temas sociales. Furet acusó a esta historia de no estar fundamentada en una teoría social coherente.¹⁹ Jacques Le Goff, atendiendo a categorías psicológicas, llamó la atención sobre la existencia de contenidos de pensamiento que son interiorizados por los individuos y escapan al conocimiento consciente pero contribuyen a que los individuos y los grupos sociales compartan un sistema de representaciones y valores sin necesidad de hacerlo explícito.²⁰ En los ochenta la convicción de que los sistemas ideológicos y las representaciones colectivas pueden ser tomados como simple reflejo de la realidad social fue perdiendo consenso entre los historiadores franceses. En las nuevas tendencias las relaciones económicas y sociales no están por encima o determinan las culturales, sino que más bien son ellas mismas campos de producciones y representaciones culturales.

a) Crítica y problemas de la historia de las mentalidades.

Los crítica de la historia de las mentalidades desarrollada a partir de la escuela de los Anales es la expresión más aparente de lo que en el mundo académico angloamericano se ha configurado como una nueva historia cultural, así como de las características del denominado "Nuevo Historicismo" que evaluaré posteriormente.

¹⁸ Samuel KINSER., *Annaliste paradigm? The Geohistorical Structuralism of Fernand Braudel*, "American Historical Review" 86 (1981), pp. 63-105. El origen de la corriente estructuralista esta ligado a las teorías lingüísticas de Ferdinand de Saussure. Este autor propuso la aplicación de los principios estructuralistas utilizados en el estudio de fenómenos lingüísticos en los análisis culturales. En la medida en que asume que la vida social se constituye a través de procesos en los que se intercambian signos, la semiología (estudio de los signos) entra dentro del campo de interés del historiador. Braudel no ignoró el carácter de la vida material como soporte de numerosas significaciones pero su verdadero interés se centró "más en la naturaleza, en las cosas que en las palabras." Stuart CLARK, *op. cit.*, p. 187.

¹⁹ Jacques REVEL, *The Annales: Continuities and Discontinuities*, "Review" 1 (1978) pp. 9-18 and François FURET, *Beyond The Annales*, "Journal of Modern History" 55 (1983) pp. 389-410.

²⁰ Jacques LE GOFF, *Les mentalités. Une Histoire ambiguë*, en *Faire la histoire: Nouveaux problèmes*, ed. Jacques LE GOFF y Pierre NORA, Paris, Gallimard, 1974, pp. 76-94.

Los trabajos de Michael Foucault, Philippe Ariés and Norbert Elias han contribuido significativamente a sentar los fundamentos de esta crítica. El más antiguo es *The Civilizing Process* de Norbert Elias (1939) que no fue realmente muy conocido hasta su traducción al francés en 1973. En su visión del "proceso civilizador", Elias atribuye los cambios producidos en la historia europea al poder social de los valores establecidos por las élites. Para Ariés el desarrollo de la idea de los ciclos de la vida individual preparó el camino a la idea de progreso a través de la civilización.²¹ En el caso de Foucault, el concepto de "poder-conocimiento" es clave en su teoría, la cual, ha sido considerada como una respuesta alternativa al marxismo y a la escuela de los Anales al mismo tiempo. Si bien es bastante generalizada la opinión de que su mayor contribución ha sido metodológica y temática más que teórica. En el corazón de su teoría de la historia de la civilización europea está el principio organizador del poder. La cultura es estudiada a través de las "tecnologías del poder." El poder no es característico de una clase o élite o está fundado en la economía o en la política. Para Foucault el poder existe como una compleja red de micropoderes, de relaciones de poderes que inundan todos los aspectos de la vida social. Advierte que el poder no sólo reprime sino que también crea y que nadie está nunca fuera del poder. Propone el estudio de las conexiones que existen entre las relaciones de poder a través de los discursos que generan. En su opinión, el historiador debe entrever los engranajes del poder en los lugares menos prometedores (sentimientos, instintos, amor, etc.). Defiende que no hay objetos de estudio naturales o universales como el estado, la sociedad, la economía, el cuerpo, etc. que cada época particulariza sino que se trata de discursos. El discurso es su primera unidad de análisis y medio de conocimiento. El discurso se rige por un conjunto de reglas que nos permiten establecer afirmaciones verdaderas o falsas. Su método consiste en preguntar qué reglas hacen posible que ciertas afirmaciones sean establecidas. Niega cualquier analogía entre la formación de estos discursos y su contexto político-social. Insistiendo en las discontinuidades históricas, ve en el discurso un medio de aprehender el cambio, de analizar como una constelación de relaciones de "poder-conocimiento" es desplazada por otra.²² Aunque su análisis del poder no excluye el papel que éste juega en el mantenimiento del orden social y político, la intención principal del Foucault, es constituirlo en la base de sus argumentos en contra de la tradición metafísica occidental y de las ciencias del hombre. Foucault ataca los "discursos totalizadores" (grandes teorías, grandes síntesis) que han marcado la sociedad moderna. En su opinión, las ciencias humanas, arrojadas

²¹ Norbert ELIAS, *The Civilizing Process*, traducción de Edmund Jephcott, New York, 1978. Entre los estudiosos de la obra de Elias cabe destacar a Stephen MENNELL, *Norbert Elias: Civilization and the Human Self Image*, Oxford-New York, Blackwell, 1989 y Jeren Frans DURIDAM, *Myths of Power: Norbert Elias and the Early Modern European Court*, Amsterdam, University press, 1994. Ver Philippe ARIÉS, *Centuries of Childhood*, traducción de Robert Baldick, New York, 1962.

²² Patricia O'BRIAN, *Michel Foucault's History of Culture*, en *The New Cultural History*, ed. Lynn HUNT, Berkeley, University of California press, 1989, pp. 25-45. Foucault definió en gran medida sus teorías en *L'Archéologie du savoir*, Paris, Gallimard, 1969.

en sus reivindicaciones de conocimiento y experiencia, han contribuido a transformar las relaciones de poder en modelos de dominación. Tomando como base sus estudios sobre la historia de la locura y del sexo en Occidente, ejemplifica como el concepto de sociedad como un organismo que regula legítimamente la población y clasifica las desviaciones de la normalidad, proviene de las ciencias humanas. Estas confieren, en forma de disciplinas, el conocimiento que legitima las instituciones que materializan el poder de control.²³ En el epicentro de sus trabajos subyace la convicción de que no existe una condición humana que permanece a través de la historia. No hay un progreso racional de la historia ni tampoco un propósito o final. Por tanto, el estudio de la historia no puede ofrecernos constantes. La historia, el conocimiento y el sujeto humano están enraizados en la contingencia y en la discontinuidad. Es precisamente en su negación de una constante de la naturaleza humana y de toda metafísica donde más se han centrado las críticas a sus trabajos. En palabras de Mark Philp, "con la pérdida de las certidumbres en que las ciencias humanas han insistido nos hallamos privados, una vez más, de un terreno donde situar nuestras diferencias, luchas y resistencias."²⁴ Sin embargo, en su rechazo de una historia total y defensa de una historia general que destaque las interconexiones, correlaciones y procesos de dominación puede verse un claro exponente de algunas de las características que definen la nueva historia cultural.

La crítica de la historia de las mentalidades se ha dejado sentir también entre los historiadores que la practican y simpatizan con su versión de la nueva historia cultural. Así, Roger Chartier, rechaza los métodos cuantitativos como insuficientes para reconstruir los significados del pensamiento colectivo y aboga por una revisión de los conceptos binarios opuestos tan frecuentemente utilizados, tales como cultura popular-cultura de élites, realidad-ficción, etc. Al mismo tiempo, el acercamiento a otras disciplinas como la crítica literaria ha contribuido a defender la valoración del texto literario como un documento histórico.²⁵ Por su parte, Aaron Gurevich, considera que el historiador de las estructuras mentales es aquel que se interesa por la intersección entre la historia de la cultura y la psicología social. Desde su perspectiva, la nueva historiografía que se interesa por fenómenos de la vida interior puede considerarse socio-cultural puesto que su finalidad es el análisis de las fuerzas que mueven las acciones de los individuos y colectivos. Así mismo, reclama el papel de los hechos o eventos en la transformación de las estructuras.²⁶

²³ Michel FOUCAULT, *Folie et déraison: Histoire de la folie 'a l'age classique*, Paris, Plon, 1969 y *Histoire de la sexualité I: La Volonté de savoir*, Paris, 1976, *Histoire de la sexualité: L'Usage des plaisirs*, Paris, Gallimard, 1984, *Histoire de la sexualité: Le souci de soi*, Paris, Gallimard, 1984.

²⁴ Mark PHILP, *Michel Foucault en The Returning of Grand Theory*, op. cit., pp. 68-80. Cita en p.80.

²⁵ Roger CHARTIER, *Cultural History*, op. cit., pp. 32-36.

²⁶ Aaron GUREVICH, *Historical Anthropology of The Middle Ages*, Cambridge-Oxford, Polity Press, 1992, pp. 30-39.

b) Disciplinas influyentes en la nueva historia cultural

La influencia que la antropología y la crítica literaria han ejercido en la configuración de una nueva historia cultural es inseparable del interés que la semiótica ha suscitado en los historiadores. Los sistemas de signos y el significado que se esconde detrás de ellos es uno de sus mayores focos de atención. El término semiótica, acuñado en América por el filósofo Charles S. Peirce y el término semiología, acuñado por Ferdinand de Saussure, se usan hoy indistintamente aunque ha habido intentos de diferenciarlos. Entre los años 60 y 80 la semiótica ha desarrollado un conjunto de conceptos y una terminología que han inundado diversos campos de estudio. Saussure defendió la configuración de la semiótica como una parte de las ciencias sociales y no como una mera técnica de aproximación al estudio de los signos. En esta orientación social de la semiótica ha sido influyente la teoría de Mikhail Bakhtin sobre la equivalencia entre el dominio de los signos y el de la ideología.²⁷ Lévi-Strauss, así como Robert Scholes más tarde, utilizan el paradigma lingüístico en sus estudios de antropología cultural. En consonancia con la corriente estructuralista, se hallan más interesados en la semiótica no tanto como el estudio de los signos sino como el estudio de los códigos, es decir, de los sistemas que hacen a los seres humanos capaces de percibir ciertos hechos como signos portadores de un significado.²⁸ Pencak afirma que los historiadores pueden utilizar la semiótica para plantear y responder mejor cuestiones e interpretar los datos con los que trabajan. A su modo de ver, la semiótica es simplemente la explicación teórica del modo en que la gente ha siempre pensado y actuado. Discursos, escritos, teatro y otras formas de representación son signos que nos permiten, desde la distancia, captar algún sentido de la realidad y comprenderla.²⁹ Los historiadores de la cultura están particularmente interesados en el uso del lenguaje como metáfora. Las prácticas lingüísticas pueden ser vistas como un instrumento del poder y las palabras como un instrumento de transformación de la realidad.³⁰ Paralelamente al interés suscitado por el lenguaje se halla el desarrollo de la hermenéutica, tradicionalmente entendida como ciencia de la interpretación. Aunque inicialmente se dirigió a la exégesis de las Sagradas Escrituras, a fines del siglo XIX se configuró como una teoría filosófica que enfatizaba el papel crucial de la interpretación en casi todos los aspectos de los fundamentos humanos y

²⁷ Mikhail BAKHTIN expone parte de su teoría en *Speech Genres and Other later Essays*, Austin, University of Texas press, 1986. V. N. VOLOSINOV, *Marxism and the Philosophy of language*, traducción inglesa de 1973, New York, Seminar press, 1973 ver capítulo I.

²⁸ Claude LEVI-STRAUSS, *Structural Anthropology*, ed. 1963, *op. cit.*, Comentarios a sus teorías pueden verse en C. R. BADCOCK, *Lévi-Strauss: Structuralism and Sociological Theory*, Londres, Hutchinson, 1975 y Mathieu MUSEY y Nina ELOK, *Claude Lévi-Strauss: Anthropologie et communication*, Berna-New York, P. Lang, 1984. Robert SCHOLE, *Semiotics and Interpretation*, New Haven, Yale University press, 1982, p. IX.

²⁹ William PENCAK, *History, Signing. Essays in History and Semiotics*, New York, Franckfurt, Paris, P. Lang, 1993, p. 3.

³⁰ Lyn HUNT, *op. cit.*, p. 8.

culturales. En el presente siglo, la escuela hermenéutica alemana, ha ahondado en la importancia del proceso de lectura en la interpretación de los textos, ya que, éste permite que el mundo del lector y el mundo del texto se fusionen. Los trabajos de E. D. Hirsch acercaron la hermenéutica alemana a los lectores angloamericanos. En su intento de encontrar un criterio correcto de validación del texto, Hirsch opta por la reconstrucción del autor y su mundo.³¹ Por el contrario, Stanley Fish, afirma que las intenciones del autor son sólo una de las muchas estrategias de lectura posibles. Para Fish no hay un significado predeterminado en el texto sino que éste es un producto de como interpretamos el texto.³² Desde otra perspectiva más tradicional, los trabajos de Hans George Gadamer han insistido en la idea de que el acto de la interpretación es inseparable de nuestras tradiciones y de las prácticas del presente. Gadamer entiende la interpretación como el resultado de un diálogo entre nuestro presente y el pasado. Al final se traduce en un acto de autocomprensión de nuestra propia realidad histórica y su continuidad con el pasado.³³ Otro estadio del desarrollo de la hermenéutica se debe a la crítica de Jürgen Habermas. Habermas acentúa las distorsiones ideológicas que impiden que la comunicación entre oradores y lectores sea abierta. Además, politiza el concepto de tradición defendido por Gadamer. En otras palabras, Habermas sitúa la hermenéutica y la teoría literaria en el campo más extenso de la política, donde la literatura deviene en instrumento ideológico.³⁴

En antropología la teoría interpretativa de Clifford Geertz, anteriormente mencionada, recoge plenamente esta inquietud por la semiótica y la simbología. De hecho, Geertz, tomando el término de la filosofía alemana, define la antropología como una disciplina hermenéutica. Desde su perspectiva, las palabras adquieren dinamismo como signos y un significado cuando son utilizadas en discursos.³⁵ Sin abandonar la hermenéutica, Paul Ricoeur propone la reconciliación del análisis cultural

³¹ E. D. HIRSCH, *Validity and Interpretation*, New Haven, University of Yale press, 1967, pp. 1-19 and *The Aims of Interpretation*, Chicago, University press, 1976, pp. 17-74.

³² Stanley FISH, *Is there a Text in this Class? The Authority of Interpretative Communities*, Cambridge-Massachusset, University of Harvard press, 1980, pp. 21-67.

³³ Hans G. GADAMER, *Philosophical Hermeneutics*, ed. inglesa, Berkeley, University of California press, 1976. Un análisis reciente de sus teorías se halla en Alan HOW, *The Habermas-Gadamer Debate and The Nature of the Social*, Aldershot-Brookfield, U.S.A, Hon Kong, Sidney, Avebury publishers, 1995, pp. 155-164 y 181-200.

³⁴ Jürgen HABERMAS, *The Philosophical discourse of Modernity*, ed. inglesa, Cambridge,-Massachussets, MIT press, 1987. Pueden encontrarse estudios sobre su teoría del lenguaje y la comunicación en David M. RASMISSEN, *Reading Habermas*, Cambridge-Massachussets, Oxford-U.K, Basil Blackwell, 1990, pp. 18-36 y sobre otros aspectos de interés de su obra en *Habermas: a Critical Introduction*, ed. de Peter DEWS, Cambridge-Oxford, U.K, Polity Press, 1994, pp. 20-38.

³⁵ Aletta BIERSECK, *Local Knowledge, Local History: Geertz and Beyond in The New Cultural History*, op. cit., pp. 72-155.

de Geertz con el estructuralismo de Lévi-Strauss.³⁶ Su propuesta refleja una preocupación central entre los revisionistas de Geertz. Dado el particularismo que implica la elección por Geertz de contextos locales como unidades de estudio antropológicas, ¿deben entenderse dichas unidades como islas culturales o deben situarse global y geopolíticamente dentro de estructuras de dominación? Dicho de otro modo, ¿puede lograrse una reconciliación entre los avances logrados por la antropología interpretativa y la ambición historiográfica de situar los temas en el fluir de los hechos históricos y en los sistemas políticos y económicos de larga duración? Marshel Sahlins, abogando por una "antropología histórica y estructural" en la línea de Clifford Geertz, entiende que los hechos históricos son signos y que la historia puede ser organizada en "estructuras de significación." Sahlins, sin caer en el determinismo de Lévi-Strauss en la relación hechos-estructura, defiende el papel constructivo de la estructura en la historia. En sus propias palabras, "la historia se ordena culturalmente, de diferente modo según las diferentes sociedades y de acuerdo con ciertos esquemas imbuidos de significado. Lo contrario también es cierto: los esquemas culturales se ordenan históricamente". En Sahlins el concepto semiótico de cultura es clave. La cultura es "the kingdom of symbolic order" y es dentro de este reino donde los intereses materiales se configuran. Por tanto, la cultura es el primer agente en la constitución de la realidad social³⁷

La importancia del lenguaje ha motivado también las propuestas de una historia social del mismo desde la sociología. Prueba de ello son los volúmenes editados por Peter Burke y Roy Porter recientemente. Burke sugería en su *The Social History of Language* (1987) que los historiadores deberían tratar el lenguaje como un objeto y un recurso en la investigación. Así, en este volumen se examina el acceso al lenguaje, ciertas modalidades lingüísticas y el uso del discurso como un instrumento de dominación política. En *Language, Self and Society* (1991) se desarrollan en detalle las relaciones entre lenguaje y autoridad social.³⁸

La característica que verdaderamente distingue la nueva aproximación cultural a la historia es la persuasiva influencia de la reciente crítica literaria, *New Criticism*. Las diferentes corrientes enmarcadas en el postestructuralismo (feministas, homosexuales, psicoanalistas, Nuevo Historicismo, cierto Postmarxismo, etc.), así como su líderes teóricos (Derrida, Foucault, etc.) dominan los estudios contemporáneos de literatura y sus seguidores se han convertido en la fuerza dirigente dentro de

³⁶ Paul RICOEUR, *Structure, Word, Event* en *The Conflict of Interpretations: Essays in Hermeneutics*, Evanston-Illinois, Northwestern University press, 1974, pp. 84-93.

³⁷ Marshall SAHLINS, *Culture and Practical Reason*, Chicago, University press, 1976, pp. 206-207 y *Islands of History*, Chicago, University press, 1985, p. VII.

³⁸ *The Social History of language*, editores Peter BURKE y Roy PORTER, Cambridge-New York, University of Cambridge press, 1987 y *Language, Self and Society. A Social History of language*, Cambridge, Inglaterra, Polity Press, 1991.

los departamentos de inglés angloamericanos. Sus promotores comparten la firme convicción de que la realidad es una mera construcción lingüística y social.³⁹ La nueva crítica literaria enseña a los historiadores a reconocer el papel activo del lenguaje, los textos y las estructuras narrativas en la creación y descripción de la realidad social. Los historiadores tienden a distinguir entre la ficción y los hechos históricos. Sin embargo, todo intento de describir históricamente los hechos se apoya en formas narrativas imaginarias. Mas aún, toda información de la realidad histórica se guía de una filosofía de la historia y no es posible escribir la historia sin el uso de la ficción narrativa.⁴⁰ Los límites del mismo concepto de lo literario (*literary*) se han ampliado desde la tradicional visión de la literatura como la narración escrita de lo imaginario hasta incluir muchas otras categorías del discurso: la del hecho histórico así como el ficticio, la del oral así como el escrito y la del popular tanto como la del elitista. La historia de la literatura es vista, de hecho, como las múltiples y complejas historias de su producción y recepción. Por esta razón y, contemplando una perspectiva económica, social y cultural más amplia, factores como el género masculino o femenino o la condición racial participan en la construcción de la historia literaria.⁴¹ Los teóricos más destacados de esta corriente son Hayden White y Dominick La Capra. En la medida en que la tarea del historiador está irremediamente ligada al lenguaje por el uso que éste hace de la lectura y escritura, ambos teóricos coinciden en señalar que el estudio de la historia debe ser siempre también el estudio del lenguaje. La Capra urge al historiador a leer los textos históricos de modo que pueda reconocer su complejidad. Su modelo enfatiza el diálogo del historiador con el texto. El primero intenta acomodar una interpretación sobre el segundo, a la cual el texto se resiste. Un texto es "una red de resistencias" y un diálogo de doble dirección hace que el historiador "escuche pacientemente la voz de un pasado autónomo que puede resistirse a su intento de reducirlo a un orden preconcebido". La crítica literaria ofrece nuevas guías de interpretación de los textos y su contexto de pasado.⁴² White considera que la interpretación contemporánea de hechos del pasado está prefigurada por las categorías con que trabaja el historiador. El valor de la crítica literaria en este punto se deriva del análisis de los códigos y la retórica de la que los historiadores inconscientemente dependen. Por tanto, en su opinión, una aproximación dialogada a la historia debe conducir a una discusión entre categorías opuestas a diferentes niveles: entre ideas opuestas dentro de un texto, entre los historiadores y el pasado y

³⁹ Frederick CREWS, *After Poststructuralism. Interdisciplinary and Literary Theory*, ed. Nancy EASTERLIN y Barbara RIEBLING, Evanston-Illinois, Northwestern University press, 1993, pp. 1 y 2.

⁴⁰ Lloyd S. KRAMER, *Literature, Criticism and Historical imagination: The Literary Challenge of Hayden White and Dominick La Capra*, en *The New Cultural History*, op. cit., pp. 97-98.

⁴¹ Mario J. VALDES y Linda HUTCHEON, *Rethinking literary History comparatively*, New York, American Council of Learned Societies, 1994, pp. 1-3.

⁴² Dominick LA CAPRA, *Rethinking Intellectual History: Texts, Contexts, Language*, Ithaca-New York, Cornell University press, 1983, pp. 60-64.

entre los textos y su contexto.⁴³ La crítica de sus teorías se ha centrado mayormente en su supuesto de que el conocimiento artístico y literario es tan válido para comprender el mundo como el científico. De hecho, el temor más extendido es que el uso de perspectivas literarias ahonde más la separación entre la historia y la ciencia.⁴⁴ Los defensores del retorno de las teorías globales, especialmente desde fundamentos marxistas, han liderado la oposición a la nueva crítica literaria. El reciente trabajo de Zavarzdeh y Morton (1994) ejemplifica bien esta tendencia. Sus autores definen las propuestas del postestructuralismo, en general, como un nuevo liberalismo producido por las élites que controlan el conocimiento en la actual fase del capitalismo global. El elemento diferenciador con respecto al liberalismo humanista que dominó hasta mediados de este siglo es su resistencia a la teoría (conocimiento de la totalidad social). El curriculum humanista tradicional no responde, según estos autores, a las nuevas necesidades del capitalismo actual. Este último demanda nuevos y más flexibles temas. El curriculum configurado por la nueva crítica literaria contempla a los individuos como seres ahistóricos, transculturales y no determinados por las circunstancias socio-económicas. Su libertad puede únicamente verse limitada por el reconocimiento de una autoridad superior, bien sea en términos teológicos o seculares (el estado, el mercado, etc.). La crítica postestructuralista no conceptualiza el sujeto como una entidad estable sino que entiende que los parámetros que definen el sujeto son producidos por las prácticas discursivas generadas en cada momento histórico concreto. En consecuencia, el individuo no tiene una esencia o naturaleza intemporal que le sitúa detrás de las prácticas históricas y políticas sino que es considerado un producto de esas prácticas. Por tanto, sólo a través del lenguaje el hombre se constituye en sujeto real. Para la nueva crítica literaria el lenguaje no es una simple herramienta, un medio de transmisión de significados ya formulados sino un sistema de diferenciación que construye el mundo en la medida en que provee soportes para hacerlo inteligible. Los autores citados desafían estas visiones señalando que el lenguaje y otros procesos semióticos están articulados por la división del trabajo inherente a nuestra sociedad y es ésta consideración y no el lenguaje lo que debería ser el verdadero marco de comprensión de la significación de la realidad y su representación.⁴⁵ Desde otros horizontes no estrictamente marxistas que contemplan el papel de las ciencias en el proceso del conocimiento humano, la radical aproximación constructivista a la realidad propugnada por las corrientes postestructuralistas está

⁴³ Hayden WHITE, *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century*, Baltimore, John Hopkins University press, 1973., pp. 7-38. *The content of The Form: Narrative Discourse and Historical Representation*, Baltimore, 1987, John Hopkins University press, pp. 15-19 y 44-45.

⁴⁴ LLOYD S. KRAMER, *op. cit.*, p. 126.

⁴⁵ Mas'ud ZAVARZDEH y Donald MORTON, *Theory and Resistance. Politics and Culture after Poststructuralism*, New York-London, Guilford press, 1994, pp. 8 y pp. 59-63.

siendo desafiada.⁴⁶ Nuevas teorías científicas, sin pretensiones de conocimiento del todo como en el siglo pasado, están proporcionando inspiración teórica y métodos de rigor.⁴⁷

c) La historia cultural y el Nuevo Historicismo

La nueva historia cultural es en sí misma una expresión de lo que en los medios académicos angloamericanos ha dado en llamarse *New Historicism*. El proyecto del Nuevo Historicismo está profundamente imbuido del postestructuralismo expresado en la denominada teoría "desconstruccionista" de Jacques Derrida, así como en la antropología interpretativa de Clifford Geertz y en las relaciones de poder definidas por Michael Foucault, anteriormente citadas. Aunque surgió a principios de los años 80 entre los estudiosos de la cultura renacentista, sus métodos y prácticas se han ido aplicando gradualmente a otros períodos históricos en los departamentos americanos de antropología, literatura, historia y historia del arte, desde entonces.⁴⁸ Lee Patterson concretaba en su *Negotiating the Past* (1987), por ejemplo, la aplicación de los criterios neohistoricistas al estudio de la literatura medieval.⁴⁹ Los cultivadores del Nuevo Historicismo no constituyen propiamente una escuela o comparten unánimemente los mismos programas. No ha habido una sistematización de las diferentes prácticas del Nuevo Historicismo en un paradigma. Por el contrario, describe Montrose, el Nuevo Historicismo se ha constituido en un lugar de intenso debate situado en un cruce de caminos interdisciplinar entre la historia cultural, la antropología y la crítica literaria.⁵⁰ Puede decirse que ha incorporado y rechazado elementos de diferentes campos de estudio tradicionales y contemporáneos. Así, de la nueva crítica literaria ha tomado la concepción del texto literario como una fuente inmanente de significado. Al mismo tiempo, ha incorporado en su metodología la

⁴⁶ Ver los estudios de David R. ANDERSON, Barbara RIEBLING y Gary S. MORSON sobre la influencia de las nuevas corrientes científicas en *After Poststructuralism, Interdisciplinary and Literary Theory*, op. cit., pp. 153-233.

⁴⁷ Ver Paisley LIVINGSTON, *Literary Knowledge: Humanistic Inquiry and the Philosophy of Science*, Ithaca-New York, Cornell University press, 1988.

⁴⁸ En este contexto se han publicado trabajos como los de Stephen ORGEL, *The Illusion of Power: Political Theater in the English Renaissance*, Berkeley, Universidad de California press, 1975; Catherine BELSEY, *The Subject of Tragedy: Identity and Difference in Renaissance Drama*, Londres, Methuen, 1985; Hayden WHITE, *The Content of the Form: Narrative Discourse and Historical Representation*, Baltimore, Johns Hopkins University press, 1987; Alan SINFIELD, *Literature, Politics and Culture in Postwar Britain*, Chicago, University of Chicago press, 1989; Mary POOVEY, *Uneven Developments: The Ideological Work of Gender in Mid-Victorian England*, Chicago, University of Chicago press, 1988 etc.

⁴⁹ Lee PATTERSON, *Negotiating the Past, The Historical Understanding of Medieval Literature*, Madison, University of Wisconsin press, 1987.

⁵⁰ Louis MONTROSE, *New Historicism en Redrawing the Boundaries, the Transformation of English and American Literary Studies*, ed. Stephan GREEBLATT y Giles GUNN, New York, The Modern Languages Association of America, 1992, p.407.

estrategia "desconstruccionista" de Jacques Derrida. Esta se fundamenta en gran medida en la hermenéutica, ya que, concibe el conocimiento como una interpretación. El "desconstruccionismo" propone un método para analizar las ideologías y los conceptos binarios tan dominantes en el pensamiento occidental. A modo de metáfora arquitectónica, el método se dirige a "desconstruir" la coherencia y el orden interno de una construcción o sistema. Derrida afirma que no es una operación de fuera a adentro del sistema sino que la verdadera "desconstrucción" puede estar dentro del propio sistema contribuyendo a "construir" lo que al mismo tiempo amenaza con "desconstruir". En consonancia con el pensamiento postestructuralista francés, considera que la metafísica occidental ha llegado a su fin Su estrategia se dirige a los conceptos clásicos que la metafísica ha configurado como opuestos (por ejemplo, discurso oral/escrito, mente/cuerpo, bueno/malo presencia/ausencia etc). Derrida advierte que su oposición no es nunca un cara a cara de dos términos, sino más bien una jerarquía, un orden de subordinación. El método no debe limitarse a neutralizar esta oposición sino que debe destruir la oposición clásica. Su método de lectura de los textos, no persigue la reconstrucción del significado de los mismos sino, al contrario, su "desconstrucción." De este modo, es posible hallar ciertos mecanismos retóricos que operan en contra del mensaje que el texto pretende transmitir. Es decir, aunque la finalidad del texto es recrear o representar una realidad exterior bajo una apariencia de unidad, la estrategia "desconstruccionista" permite dejar al descubierto la posibilidad que el texto fracase en su función de transmitir un determinado mensaje. En realidad, según Derrida, la interpretación de los textos literarios, de acuerdo con cánones de verdad o significado establecidos, sólo puede ser arbitraria. Su método ha contribuido especialmente, como hemos visto, a transformar los estudios literarios. Lenguaje, conocimiento, poder, instituciones han sido temas de preocupación de esta teoría.⁵¹ La crítica ha calificado el "desconstruccionismo" como un puro verbalismo, como una reducción a fenómenos lingüísticos de las fuerzas no discursivas, incluso aquellas que forman parte del contexto socio-político de la producción literaria. Así mismo, fue acusado de conservadurismo político. Foucault, cuestionó la tendencia de Derrida a restringir la interpretación a un puro nivel sintáctico y textual, evitando cualquier interrogante acerca de las prácticas sociales que subyacen en el surgimiento de un texto.⁵²

De la teoría de Foucault, el Nuevo Historicismo ha incorporado su particular concepción del poder. Alejándose de la definición marxista que identifica el poder como la capacidad que posee un grupo social en ventaja frente a otro dentro de una sociedad, lo entiende como una capacidad que habita en los más recóndito del sistema político. Además, el argumento de Foucault en relación con el estudio de la cultura

⁵¹ Debora ESCH, *Deconstruction en Redrawing The Boundaries, The Transformation of English and American Literary Studies*, op. cit., 1992, pp. 375-376 y David HOY, "Jacques Derrida" en *The Returning of Grand Theory in the Human Sciences*, op. cit., pp. 44-47.

⁵² Deborah ESCH, op. cit., p. 377.

a través de las prácticas discursivas que constituyen la realidad de la misma contribuía, de manera más eficaz que el "desconstruccionismo", a mitigar el distanciamiento entre la historia y los textos. Aunque el Nuevo Historicismo rechazó el modelo marxista de base-superestructura a causa de su economicismo y su explicación lineal de los determinantes históricos, ha conservado la noción marxista de que los seres humanos se construyen a través de fuerzas sociales y históricas. Desde esta perspectiva no se halla muy distanciado de lo que se denomina Materialismo Cultural. El Nuevo Historicismo se asoció en los ambientes académicos americanos con la corriente historiográfica francesa de los Anales y con ciertos historiadores de base marxista en Inglaterra. El Materialismo Cultural fue una aproximación al estudio también de la literatura renacentista surgida en Inglaterra a finales de los años 70 que ponía el acento en la interacción de las creaciones culturales y su contexto histórico⁵³

George J. Rousseau señala que a mediados de los 80 el Nuevo Historicismo acababa de aparecer en escena. En su opinión, muchos de sus primeros cultivadores se centraron en pequeños segmentos y unidades históricas enmarcados en las categorías de poder y autoridad, atribuyéndose una revigorización de la historia incierta.⁵⁴ Algunos ven en el gusto de este Nuevo Historicismo por la narración y la descripción un deseo determinista de hacer de toda la cultura el dominio de la crítica literaria. Entre las características que se atribuyen a Nuevo Historicismo destaca su preocupación por el modo en que las ideologías son producidas, sostenidas y cuestionadas, así como de las relaciones entre las prácticas culturales y las instituciones políticas, económicas y sociales. La conservación de textos históricos es vista como la consecuencia de un proceso de selección y se considera que tanto los textos no literarios como los literarios circulan inseparablemente. Por otra parte, rechaza las teorías monolíticas de la historia (cristiana, marxista, etc.) y la formulación de conceptos binarios opuestos en favor de una formulación de éstos sujeta a un proceso dinámico. Defiende, en definitiva, la multiplicidad de historias definidas por fuerzas heterogéneas, en contradicción, fragmentación y diferencia.⁵⁵

Los detractores del Nuevo Historicismo insisten especialmente en que la ausencia de un paradigma teórico obliga al recurso a los textos en sí mismos y que el método interpretativo y descriptivo de los textos que se propone sin considerar la

⁵³ Sus cultivadores más representativos son Raymond WILLIAMS, *Marxism and Literature*, Oxford, University of Oxford press, 1977; Jonathan DOLLIMORE, *Radical Tragedy: religión, Ideology and Power in the Drama of Shakespeare and his contemporaries*, Chicago, University of Chicago press, 1984 y Alan SINFIELD, (editor) *Political Shakespeare: New Essays in Cultural Materialism*, Manchester, University of Manchester press, 1985.

⁵⁴ George J. ROUSSEAU, *Enlightenment Crossings, Pree and Post-Modern Anthropological Discourses*, Manchester, University of Manchester Press, 1991, p. 168 y Brook THOMAS, *The New Historicism and Other Old-fashioned Topics*, University of Pricenton press, 1991, pp. 31 y 35.

⁵⁵ H. Aram VEESER, *The New Historicism*, New York, Routledge, 1994, pp. 1-7.

lucha de clases y los cambios macroeconómicos convierte esta corriente en una fuente de conservadurismo político.

3. Líneas de investigación y nuevas orientaciones de la historia cultural

Una vez esbozadas las bases teóricas y rasgos definatorios de la nueva historia cultural, me centraré en las líneas de investigación que han producido más estudios hasta ahora y las propuestas para el futuro. Como anuncié en la introducción se insistirá especialmente en las repercusiones de estos trabajos en la historiografía medieval angloamericana. Como consecuencia de la relevancia que la teoría literaria ha tenido en la definición de la nueva historia cultural, puede decirse que tres han sido los campos de interés que han producido mayor número de trabajos: La alfabetización (*literacy*), las relaciones entre la cultura oral y la escrita y la lectura y producción de libros. Campos, en realidad, difícilmente deslindables.

a) Definición del concepto de *Literacy*.

El término anglosajón *literacy* no tiene un equivalente preciso en otras lenguas y se traduce generalmente en las lenguas romances por alfabetización, tema clave de la nueva historia socio-cultural. Desde la Ilustración, la visión de la alfabetización como un valor social ha perpetuado un enfoque exclusivamente europeo. En el siglo XIX la identificación de alfabetismo con el progreso estuvo ligada al colonialismo y la confrontación de las sociedades industriales y no industriales. Por su parte, el siglo XX ha visto la conversión de la vinculación alfabetización y educación en un principio básico del desarrollo de la democracia y el progreso. A partir de los años 70 comienzan a florecer estudios sobre la función de la alfabetización. El desarrollo de la historia social en las décadas de los 70 y 80 incorporó entre sus intereses la alfabetización y la educación, así como la función de la primera en los procesos de cambio social, el modo en que los niveles de alfabetización afectan al desarrollo de la sociedad.⁵⁶

La idea tradicional y más dominante define la alfabetización como una característica individual que dota a sus poseedores de una capacidad y de un conjunto de conocimientos que pueden utilizar y aplicar en diferentes situaciones.⁵⁷ Esta

⁵⁶ Harvwey J. GRAFF, *Literacy in history. An Interdisciplinary Research Bibliography*, New York-London, Garland, 1981, pp. 4-11.

⁵⁷ Esta definición subyace en trabajos como los de Jacques GOODY Y I. WATT, *The consequences of Literacy en Literacy in Traditional Societies*, Cambridge, University of Cambridge press, 1968; E. HIRSCH, *Cultural Literacy*, Boston, Houghton Mifflin, 1987; D. OLSON, *From Utterance to text: The Bias of Language in Speech and Writing*, "Harvard Educational Review" 47 (3) 1977, pp. 257-281 and *How Writing Represents speech*, "Language and Communication," 13 (1993) pp. 1-17; W. ONG, *Orality and Literacy*, New York, Methuen, 1982.

definición confiere a los textos escritos unos significados convencionales que los individuos pueden comprender. En consecuencia, la alfabetización de los individuos resulta ser su conocimiento de estos significados autónomos. Estudios recientes ponen, en duda, la autonomía de los textos escritos, señalando que su significado más que autónomo es socialmente negociado entre el autor y su audiencia.⁵⁸ En esta línea de identificación de la alfabetización con un cuerpo de conocimientos, los estudios de Jacques Goody supusieron, sin embargo, una revisión de la historia de la escritura tradicional que no consideraba las implicaciones sociales de la comunicación oral y escrita, o de la presencia o ausencia de la escritura. En su opinión, la invención de la escritura marcó un cambio decisivo en la estructura de la tradición cultural. Goody identifica las sociedades alfabetizadas con las que han desarrollado un alfabeto y piensa que la primera sociedad que lo desarrolló un alfabeto simple que permitió la extensión de la escritura fue la griega. Al mismo tiempo, desarrolla el concepto de "alfabetización restringida", es decir, aquella que surge donde quiera que haya individuos interesados en mantener un monopolio de las fuentes de su poder. Se trata de sociedades donde la tradición cultural elaborada es mantenida por una sucesión de maestros. Su papel como mediadores del conocimiento adquiere una gran relevancia. Cada maestro es en sí mismo una biblioteca viviente y el proceso de transmisión de conocimiento es inseparable del carisma personal del maestro. Hay, pues, una combinación de modos de comunicación orales y escritos que la Edad Media refleja, por ejemplo, perfectamente. En el contexto de la educación medieval, la retórica se basaba en el discurso oral y la memoria. Es, por otra parte, el retrato de lo que Goody denomina sociedades tradicionales o no alfabetizadas donde lo que es valorado de la tradición se almacena en la memoria mientras que el resto se olvida. En las sociedades alfabetizadas, la no existencia de este proceso de eliminación impide al individuo participar plenamente en el conjunto de la tradición cultural.⁵⁹ En definitiva, Goody denomina *literate societies* a aquellas que ha desarrollado una cultura alfabética.

En contraste con la visión de la alfabetización como conocimiento autónomo se ha ido imponiendo una concepción que la define como un conjunto de prácticas sociales en una sociedad dada.⁶⁰ Esta definición parte de dos premisas básicas: primero la alfabetización es socialmente negociada y construida y, segundo, la

⁵⁸ Ruth FINNEGAN, *Literacy as a Mythical Charter* en *Literacy, Interdisciplinary conversation*, ed. Deborah KELLER-COHEN, Cresskill-New Jersey, Hampton Press, 1994, pp. 37-39 y Ron SCOLLON, *Cultural Aspects in Constructing the Author in Interdisciplinary Conversation*, *op. cit.*, pp. 213-220.

⁵⁹ Sus teorías son desarrolladas en Jacques GOODY, *Literacy in Traditional Societies*, *op. cit.*, ver especialmente pp. 2-14 y 57 y en *The Interface Between The Written and the Oral*. Cambridge, University of Cambridge press, 1989, pp. 139-166.

⁶⁰ Esta visión puede encontrarse en: S. SCIRIBNER, *Literacy in Three Metaphors in American* "Journal of Education" 93 (1984), pp. 6-21; B. SCHIEFFELIN y P. GILMORE, editores, *The Acquisition of Literacy: Ethnographic Perspectives*, Norwood, Ablex, 1989; K. SCHOUSBOE Y M. LARSEN, editores, *Literacy and Society*, Copenhagen, Akademisk Forlag, 1989; J. COOK-GUMPERZ, *The Social Construction of Literacy*, Cambridge, University of Cambridge press, 1986.

interpretación de los textos es un proceso de colaboración. Por tanto, los significados de un texto no emanan del individuo sino del modo en que los grupos sociales utilizan los textos.⁶¹ J. Gee añade que, además, el estudio de la alfabetización nos obliga a estudiar los grupos sociales e instituciones de los cuales cada uno socializa con el objeto de interpretar tipos de palabras y ciertos tipos de mundos en diferentes maneras.⁶²

La alfabetización se ha ido conformando históricamente a través de los sistemas de escritura y los materiales utilizados para plasmarla (piedra, papiro, hueso, pergamino, etc.). La invención de la imprenta supuso un drástico cambio. La importancia que el alfabeto ha tenido en la evolución de la escritura es un tema de debate permanente. Aquellos influenciados por las teorías evolucionistas consideran que la escritura como una evolución progresiva desde sistemas pictográficos hasta formas más abstractas como las letras que representan sonidos en las palabras. La invención de un sistema gráfico que combina sonidos y letras es vista como un desarrollo crucial que simplificó el proceso personal de aprendizaje de la lectura y escritura.⁶³ Esta explicación alfabética ha sido dominante aunque se está cuestionando cada vez más. Michalowski, por ejemplo, afirma que el alfabeto no fue el primer sistema que utilizó símbolos gráficos para representar las unidades básicas del discurso oral. Los sistemas de escritura jeroglíficos de los egipcios y mayas, así como el chino, tuvieron también características fonéticas. En su opinión, la consecuencia más trascendente de la aparición de la escritura no fue la reproducción de la tradición oral sino la invención de una nueva forma de discurso humano. Esto no derivó en una diferenciación de las sociedades entre orales y alfabetizadas sino que ofreció un nuevo medio de comunicación y una poderosa arma de control social y de oposición al mismo tiempo. Los sistemas de escritura más tempranos coexistieron con otros sistemas de comunicación y no fueron tecnológicamente inferiores al sistema alfabético. Las diferencias entre estos sistemas se basan no en sus tecnologías respectivas sino en el uso que la sociedad hacía de los mismos. La verdadera innovación del alfabeto griego reside en el modo en que fue utilizado. En Grecia el comentario y la exégesis pasaron a formar parte de la tradición escrita. El lenguaje de los textos escritos era próximo al de la lengua vernácula y la literatura se desarrolló de modo más directo a partir de los géneros orales.⁶⁴ Dorothy Thompson ha estudiado la variación del papel jugado por la escritura en el caso del Egipto Tolemaico. En Egipto la cultura escrita había sido estrictamente controlada por las autoridades religiosas y el fin de la palabra escrita era el ser leída en alta voz. A raíz de la conquista griega de sus territorios, ambas tradiciones culturales se enfrentan. La

⁶¹ Deborah KELLER-COHEN, *Literacy, Interdisciplinary Conversation, op. cit.*, pp. 7-13.

⁶² J. GEE, *Literacy, discourse and Linguistics: Introduction*, "Journal of Education" 171 (1989) p. 46.

⁶³ R. HARRIS, *The Origin of Writing*, La Salle, Illinois, Open Court, 1986.

⁶⁴ Piotr MICHALOWSKI, *Writing and Literacy in Early States: A Mesopotamianist Perspective in Literacy, Interdisciplinary Conversations, op. cit.*, pp. 57-64.

lengua griega fue gradualmente suplantando a la egipcia no solamente en la administración sino también en otras áreas. Se considera que la Grecia clásica fue una sociedad alfabetizada aunque limitadamente, ya que, al menos en las ciudades, la mayoría de la población que carecía de la capacidad de escribir estaba regularmente en contacto con las prácticas escritas.⁶⁵

La Edad Media es también un frecuente ejemplo de alfabetización restringida como reflejan dos antítesis características de este período: *litteratus-illiteratus* y *clericus-laicus*. *Litteratus* es el término más cercano al concepto anglosajón moderno de *literate* y servía para definir a alguien que era capaz de escribir y leer en un lenguaje del cual, al menos en teoría, existía un conjunto articulado de reglas aplicables tanto a la lengua escrita como a la hablada. Brian Stock propuso distinguir entre *literacy* y textualidad para la Edad Media, dada la imprecisión del primer concepto. Uno podía considerarse alfabetizado sin hacer uso de textos y uno podía hacer un uso extensivo de textos sin ser genuinamente un individuo alfabetizado. En su estudio la importancia del concepto de *literacy* no reside tanto en su identificación con la capacidad personal para la escritura o lectura como en su función de medio de comunicación⁶⁶ La antítesis *litteratus-illiteratus* es de origen romano mientras que la de *clericus-laicus* es una creación medieval. Michael Clanchy demostró para Inglaterra como los siglos XII y XIII fueron de vital importancia en la ruptura de estas dos antítesis tradicionales. Fue éste un período en que el número de documentos, así como de quienes podían entenderlos, aumentó al ritmo de las necesidades administrativas. En palabras de Clanchy, se asistió al paso de una escritura asociada a lo sagrado a una *practical literacy* al servicio de la administración política y económica. Los *litterati*, dotados de una habilidad mínima de leer latín, alcanzaron un estatus privilegiado frente a la masa de *laici* ignorantes del latín. En el siglo XII *clericus* significaba *litteratus* y *laicus* significaba *illiteratus*. *Clericus* y *litteratus* se convirtieron en términos aplicables de igual modo a un individuo instruido. Este axioma del clérigo *litteratus* es, en realidad, producto de la cultura europea moderna que asocia automáticamente la capacidad de leer y escribir, así como el grado de alfabetización con el lenguaje que uno habla. A finales del siglo XII escribir era una capacidad distinta de leer. Esta última se asociaba más al discurso o habla en voz alta que a la visualización de un escrito. En Inglaterra, la variedad de lenguajes en los cuales los pensamientos e ideas escritos y hablados se expresaban hizo de la capacidad de leer o escribir un logro intelectual. La enseñanza elemental de la lectura y escritura comenzaba con el latín que era la lengua tradicional de las Sagradas Escrituras. No obstante, hacia fines del siglo XIII la supremacía del latín fue cediendo ante el desafío

⁶⁵ Dorothy J. THOMPSON, *Conquest and Literacy: The Case Of Ptolemaic Egypt en Literacy., Interdisciplinary Conversations, op. cit., pp. 73-75.*

⁶⁶ Brian STOCK, *The Implications of Literacy. Written Languages and Models of Interpretation in the Eleventh and Twelfth Centuries*, Princenton, University of Princenton press, 1983, pp. 6-7.

de la lengua vernácula y el reconocimiento de los laicos. Una vez que la instrucción alcanzó a un mayor número de laicos, la asociación *clericus-laicus* se debilitó. *Litteratus* dejó de ser la persona erudita para pasar a definir a la que tenía un conocimiento mínimo del latín. Por tanto, los viejos rivales *clerici-litterati* y *laici-illiterati* habían llegado a acuerdo y sus respectivas concepciones absorbido una a otra antes de que la alfabetización se convirtiera en un hábito común de la lengua vernácula.⁶⁷ En general, los estudios sobre la alfabetización en la temprana Edad Media han estado guiados por la idea de "*restricted literacy*" con anterioridad al siglo XI, tal y como se expresaba en los estudios de James W. Thompson y Serla Cipolla en los años 60.⁶⁸ Las investigaciones pioneras de Rosamond McKitterick sobre el tema en la época carolingia han contribuido a matizar los apelativos de edad de hierro o edad oscura comúnmente aplicados al período que transcurre entre los siglos VI y X. Especialmente, su coordinación de la obra en colaboración, *The uses of Literacy in Early Medieval Europe* (1989), aporta sólidas evidencias de la funciones prácticas de la alfabetización en la sociedad Bizantina, Irlanda, la Inglaterra anglosajona, la Francia franca y carolingia, así como en la España visigótica, musulmana y cristiana desde el siglo V hasta el siglo XI. Dichas evidencias se analizan bajo la concepción de *Literacy* no sólo como una cuestión de quién podía leer o escribir sino de como la capacidad de leer o escribir funcionaba, de las condiciones mentales, intelectuales, físicas y tecnológicas necesarias para acomodar esta capacidad, además del grado en que esta capacidad estaba relacionada con el conocimiento. Los estudios se centran más en los usos prácticos derivados del concepto *Literacy* (administración institucional y personal, conservación de documentos, comunicación privada y oficial, etc.) que McKitterick distingue de *Intellectual literacy*, es decir, textos seculares y religiosos autorizados, literatura, tratados de diversas materias, etc.⁶⁹

En contraste con la parquedad de estudios existentes para el período de la temprana Edad Media, los trabajos relacionados con la alfabetización en todos sus aspectos han proliferado para la Baja Edad Media y, en mayor medida para la Edad Moderna. El artículo de Carlos Sáez y Antonio Castillo en esta revista dio ya buena cuenta de su especial importancia en Italia y de las repercusiones que ha tenido en la historiografía francesa y española.⁷⁰ En lo que a la española se refiere, aunque la producción dista mucho de ser comparable a la italiana, francesa o anglosajona, ha avanzado con respecto al panorama que para Castilla Sara T. Nalle perfilaba en su

⁶⁷ Michael T. CLANCHY, *From Memory to Written Record, England 1066-1307*, London, Edward Arnold, 1979, pp. 177-187.

⁶⁸ James W. THOMPSON, *The Literacy of the Laity in the Middle Ages*, New York, Burt Franklin, 1963 y Serla CIPOLLA, *Literacy and Development in the West*, Harmondsworth, 1969, p. 41.

⁶⁹ Rosamond MCKITTERICK, *The Carolingians and the Written Word*, Cambridge, University of Cambridge press, 1989 y *The Uses of Literacy in Early Medieval Europe*, Cambridge, University press, 1990, p. 5.

⁷⁰ Carlos SáEZ y Antonio CASTILLO, *op. cit.*

artículo de 1989. Su trabajo, junto con el anterior de J. N. Lawrence, defiende la expansión de la alfabetización en la Castilla del siglo XV y especialmente del siglo XVI a niveles mayores de los hasta entonces supuestos.⁷¹ Los parámetros utilizados para valorar el grado de alfabetización son similares a los que, por ejemplo, David Cressy utilizó para estudiar el tema en la Inglaterra de los siglos XVI y XVII, estos son, básicamente, la educación, la producción de libros y la propiedad de los libros por individuos, grupos o instituciones.⁷²

B) Oralidad-textualidad.

La asociación de estos dos términos se expresa en inglés como *literacy-orality*. El concepto de *literacy* que hemos tratado de definir anteriormente ha servido para diferenciar dos tipos de sociedades y culturas: Las orales que carecen de modos de comunicación escritos y, por tanto, de producción literaria y las alfabetizadas, en las cuales, el uso de los textos escritos es esencial en el engranaje del funcionamiento político y económico. Esta caracterización bipolar ha sido enormemente influyente en los estudios comparativos de sociedades aunque es menos popular en el presente. Su modelo de explicación está determinado por la sobrevaloración de la tecnología de la escritura como motor de los avances de la humanidad. Este modelo de determinismo tecnológico se revela insuficiente cuando es aplicado al problema de la oralidad-textualidad, ya que se centra en el medio y no en el uso social que los grupos sociales hacen de las tecnologías disponibles. En realidad, el mismo intento de definir tipos opuestos de sociedades puras se halla hoy día sujeto a debate a la luz de los numerosos estudios ya realizados de sociedades y culturas no industriales y alfabetizadas. Estas tipologías binarias han tenido su utilidad en un estadio primario de teorización del problema y son aún influyentes debido al peso de que todavía disfrutaban las teorías sociales decimonónicas en la educación superior occidental.

El antropólogo Jack Goody, anteriormente citado, puso ya de manifiesto en su clásico estudio *Literacy in Traditional Societies* el fenómeno de mezcla de lo oral y lo escrito en las culturas humanas.⁷³ De hecho, es difícil mantener un línea de separación radical entre las culturas que emplean la escritura y las que no. Ruth Finnegan en su revisión del problema (1988), registraba las características que, aunque de un modo relativo, distinguen las culturas orales de las escritas en tres dimensiones: producción literaria, modo de pensamiento y transmisión cultural. En cuanto a la primera, niega que las sociedades no alfabetizadas carezcan de literatura alguna.

⁷¹ Sara T. NALLE, *Literacy and Culture in Early Modern Castile*, "Past and Present," 125 (1989), p. 66. y J. H. N. LAWRENCE, *The Spread of Literacy in Late Medieval Castile*, "Bulletin of Hispanic Society", 62 (1985), pp. 79-95.

⁷² David CRESSY, *Literacy and the Social Order. Reading and Writing in Tudor and England*, Cambridge, University of Cambridge press, 1980.

⁷³ Jack GOODY, *Literacy in Traditional Societies*, 1968, *op. cit.*, pp. 4-5.

Algunos grupos y pueblos (aborígenes australianos, los isleños de la Polinesia, indios americanos, gentes norteafricanas, etc.) han estado y están sin escritura alguna o viven en los márgenes de culturas escritas que les han influido (áreas del Oeste de Africa o de la Asia influenciada por la India y China, por ejemplo). Otros pueblos como la joven Irlanda, el norte de Africa o la Europa Medieval han tenido una élite alfabetizada y una literatura cuyas composiciones fueron en gran medida transmitidas por medios orales a la mayoría no alfabetizada. Es difícil para nosotros contemporáneos entender que solamente durante un período relativamente corto de la historia la palabra escrita ha sido el vehículo de comunicación literaria comúnmente aceptado. En los mundos clásico y medieval los medios de comunicación escritos y orales fueron igualmente aceptados. Si reconocemos la existencia de una literatura oral, ésta se caracterizaría especialmente por su variabilidad frente a la literatura escrita. La idea de que la creatividad en la literatura oral es algo colectivo es, en opinión de Finnegan, producto del movimiento romántico, ya que, el actor tiene incluso mayores oportunidades para la expresión y creatividad individual que aquel que ajusta su imaginación a la página escrita.⁷⁴ En la literatura medieval, por ejemplo, la técnica de los romances, canciones de gesta y poemas líricos suponía un público de oyentes no de lectores. En la vida religiosa, desde los comienzos del monasticismo en el siglo VI hasta el tiempo de San Bernardo en el siglo XII, los grupos de lectura y composición oral no fueron considerados más turbadores del silencio de lo que podían ser las oraciones o la confesión.⁷⁵ La comunicación con la audiencia es más cercana en la representación oral.

En cuanto a la segunda dimensión, modos de pensamiento, no existe razón alguna para sostener que los individuos solamente pueden alcanzar la expresión literaria y artística a través de la escritura. Tampoco de que éstos sean los únicos modos de expresión del pensamiento. La idea de que las culturas y los individuos no alfabetizados carecen de la capacidad de interiorización e inspiración que entendemos como necesarios en nuestros modos de pensamiento no está suficientemente justificada hoy por hoy. En cuanto a la tercera dimensión, la transmisión, Finnegan matiza que la forma en que la transmisión oral y la escrita tienen lugar es enormemente diversa y está sujeta a un conjunto de variables culturales. No obstante, algunos patrones recurrentes permiten establecer alguna distinción. Hay tres aspectos básicos implicados en el problema de la oralidad-textualidad: composición, representación y transmisión. Los tres se combinan de diferentes formas. Una forma de transmisión escrita es, por ejemplo, la conservación de documentos para ser copiados o depositados y leídos. La lectura es un término problemático porque puede ser lectura individual en alto, privada o pública o representación de un texto escrito. Esta última forma no difiere

⁷⁴ Ruth FINNEGAN, *Literacy and orality, Studies in the Technology of Communication*, New York-Oxford, Basil Blackwell, 1988, pp. 61-69.

⁷⁵ Paul SAENGER, *Silent Reading: Its Impacts on Late Medieval Scrip and Society*, "Viator" 13 (1982), p.383.

sustancialmente de la declamación oral de un texto escrito memorizado donde el actor puede alejarse del original. Por el contrario, la transmisión de habilidades y capacidades (capacidad de crear textos o trabajos musicales por ejemplo) pueden conducir a la formulación de textos fijos que sirven de base a versiones tanto orales como escritas. Es decir, las formas de transmisión se superponen aunque difieran unas de otras. En cualquier caso, lo que la tradición académica occidental entiende como objeto de la transmisión es siempre un texto, entendido éste como un documento o como el producto de una representación oral susceptible de ser escrita. Sin embargo, como Finnegan puntualiza, una vez que el texto se plasma sobre la página puede representar diferentes cosas: un texto fijo y memorizado, una representación única nunca repetida en la misma forma, una versión de un especialista, de un joven poeta o actor, etc. No podemos asumir desde el principio que detrás de las transcripciones de una página escrita se halla siempre la transmisión de un texto ya inmutable.⁷⁶

Los estudios históricos sobre oralidad-textualidad han tratado de comprender los cambios sociales experimentados por las sociedades en las cuales la escritura se introduce. Más en concreto, se han dirigido a grupos sociales o sociedades en su conjunto preguntándose a qué fines sirve el discurso oral y la escritura, cual es la influencia de uno sobre otro y qué cambios en el modo de comunicación y pensamiento implica la escritura.

Uno de los temas que ha producido mayor número de estudios ha sido la definición de la cultura popular, tradicionalmente interpretada como la cultura de los no alfabetizados o menos instruidos y en oposición a la cultura de la élite o minoría de instruidos. El interés de los historiadores por la cultura popular pasó de la periferia al centro a partir de los años 60 gracias a trabajos como los de Serla Ginzburg en Italia, Robert Mandrou y Natalie Davis en Francia, Keith Thomas en Inglaterra y Julio Caro Baroja en España.⁷⁷ Aunque hubo anteriormente una larga tradición de folkloristas que se remonta a los siglos XVIII y XIX entre los que destacan la escuela alemana con Wolfgang Brückner, Gerhard Heilfurth an Otto Clemen y la finlandesa con Antti Aarne y Kaarle Krohn.⁷⁸ El descubrimiento de la cultura popular fue parte

⁷⁶ Ruth FINNEGAN, *op. cit.*, pp. 85 y 169.

⁷⁷ Serla GINZBURG, *Il formaggio e i vermi*, Turin, Einaudi, 1976; Robert MANDROU, *De la Culture Populaire au XVII^e et XVIII^e Siècle*, Stock, Paris, 1964; Natalie Z. DAVIS, *Society and Culture in Early Modern France*, Londres, Stanford University press, 1975; Edward THOMPSON, Keith V. THOMAS, *Religion and The Decline of Magic*, New York, Pioner, 1971; Julio CARO BAROJA, *El Carnaval*, Madrid, 1965 y *Ensayo sobre la literatura de Cordel*, Madrid, 1969.

⁷⁸ Wolfgang BRÜCKNER, *Bildnis und Brauch*, Berlin, 1966; *Popular Piety in Central Europe*, in "Journal of the Folklore Institute" 5 (1968) y *Volkserzählung und Reformation*, Berlin 1974. Gerhard HEILFURTH, *Berbau und Bergmann in der Deutschsprachigen Sagenüberlieferungen Mitteleuropas*, Marburg, 1967. Antti AARNE, *The Types of the Folktale: a Classification and Bibliography*, ed. inglesa, Helsinki, Suomalainen Tiedeakatemia, 1961 y Karle KROHN, *Zur Finnischen mythologie*, Helsinki, Suomalainen Tiedeakaemia, 1932.

del movimiento en busca del primitivismo en el siglo XVIII, en el cual lo antiguo, lo lejano y lo popular se equiparaban. Fue también una reacción en contra de la razón ilustrada y su negación de la tradición. En España y Alemania se tradujo, al mismo tiempo, en una reacción al dominio de lo francés. En gran medida, el descubrimiento de lo popular estuvo estrechamente unido al surgimiento de los nacionalismos. Los intelectuales del siglo XIX eran poetas y anticuarios a la vez. Rescataban valiosos documentos, poemas, cantos, baladas, etc. pero sin ningún criterio elaborado de distinción entre lo antiguo y lo medieval, lo urbano y lo rural, lo campesino y lo burgués. La gente por excelencia eran para ellos los campesinos que vivían cerca de la naturaleza.⁷⁹ Peter Burke rechazaba el carácter monolítico y homogéneo de la cultura popular en su estudio sobre la misma en la temprana Edad Moderna europea, proponiendo un modelo explicativo más complejo y de acuerdo con la estratificación social del período. No hubo sólo dos tradiciones culturales en la Edad Moderna europea que se correspondían simétricamente con la minoría culta y la mayoría de gente común. Esta minoría participaba en los fenómenos calificados como populares (festivales, sermones, etc.) y compartía el gusto por los romances caballerescos y juglarescos, además de poseer la educación que las escuelas y universidades proporcionaban. La mayoría de las gentes, sin embargo, no tenían acceso a la cultura transmitida por estas instituciones. Por tanto, se producía una asimetría relacionada con el modo de transmisión de las dos tradiciones. Mientras la minoría culta podía participar en las tradiciones populares como una segunda cultura, la mayoría disfrutaba únicamente de la cultura popular. Esta situación no perduró sino que varió en los siglos XVII y XVIII en el curso de los cuales la minoría culta se fue gradualmente apartando de su participación en la cultura transmitida por las instituciones educativas. Por otra parte, la explicación oculta que no había sólo una cultura popular uniforme. Dentro de los campesinos, por ejemplo, había una estratificación social que influía en su cultura. En las ciudades la diversidad de las ocupaciones produjo, así mismo, ciertas "sub-culturas".⁸⁰ Entre estas diferentes "sub-culturas" urbanas y rurales hubo interacción, así como entre la cultura popular y la de las élites. No puede, por otra parte, olvidarse el factor religioso en la definición de la cultura de grupos como los judíos y musulmanes. El cristianismo había contribuido durante siglos a hacer de la cultura europea algo más homogéneo. Gurevich ha estudiado como las tradiciones orales recogidas en géneros de la literatura latina medieval dirigidos especialmente a la masa popular (vidas de santos, sermones, libros de confesiones, etc.), habían sido filtradas por la ideología eclesiástica.⁸¹ Le GOFF habla de "aculturación interna" para

⁷⁹ Esta es la filosofía que subyace en obras como las de H. N. Fairchild, *The Noble Savage*, New York, 1928; ed. F. J. CHILD, *The English and Scottish Ballads*, ed. de 1965, 5 vols., New York; ed. J. AMADÉS o *Folklore de Catalunya*, 2 vols, Barcelona 1950-51, etc.

⁸⁰ Peter BURKE, *Popular Culture in Early Modern Europe*, Londres, Temple Smith, 1978, pp. 24-29.

⁸¹ Aaron GUREVICH, *Historical Anthropology of The Middle Ages*, ed. Jana Howlett, Cambridge-Inglaterra, Polity Press, 1992, pp. 51-64.

referirse al proceso por el cual la cultura eclesiástica y la popular o, según su expresión, folklórica se someten a un proceso de mutua adaptación. Este proceso se ve favorecido por el hecho de que en ambas culturas emerge el plano de lo terrenal y lo sobrenatural, de lo material y lo espiritual.⁸² Ahondado en las implicaciones del factor religioso, Furet y Ozouf atribuyeron a la reforma protestante de la Edad Moderna un papel decisivo en la difusión de los escritos entre las masas.⁸³ La Alta Edad Media, en palabras de Gurevich, carece de una cultura definida en la medida en que puede observarse a partir del siglo XV. Su campo de interés es la confluencia de la cultura popular y la oficial y su mutua influencia. Ambas culturas reflejan el modo y los medios, el "utilaje mental" por medio del cual sus protagonistas ven el mundo, así como los modos de consciencia y comportamiento de éstos.⁸⁴

La mayoría de los estudios sobre cultura popular medieval se centran en la Baja Edad Media y en la temprana Edad Moderna. Así, Mullett, acentúa la continuidad de rasgos culturales medievales en los siglos XVI y XVII en relación con las formas de protesta y control social.⁸⁵ La cultura popular del siglo XVIII en Inglaterra cuenta con el estudio clásico de Hoggart para la clase trabajadora y Stone en relación con el acceso a la educación desde 1560 a 1640, además del más reciente con nuevas aproximaciones de Vicent que cubre hasta principios del presente siglo.⁸⁶

c) Libros, lectores y bibliotecas.

Ahondando en la dimensión sociocultural que el concepto de *literacy* ha ido adquiriendo en la última década, la investigación más reciente ha primado el estudio de las relaciones de la escritura con otros medios de comunicación tales como el discurso oral, la pintura o las representaciones teatrales y ritos religiosos, por ejemplo.⁸⁷ Pero, sin duda, son las propuestas de nuevas aproximaciones al estudio

⁸² Jacques LE GOFF, *Les mentalités, une histoire ambiguë en Faire la Histoire*, ed. Jacques LE GOFF y Pierre NORA, Paris, Gallimard, 1974, pp. 77-94.

⁸³ François FURET y J. OZOUF, *Trois siècles de mêtissage culturel*, "Anales, AESC" 1977, p.491.

⁸⁴ Aaron GUREVICH, *Medieval Popular Culture. Problems of Belief and Perception*, Cambridge-New York, Cambridge University press, 1988, p. XVII.

⁸⁵ Michael MULLETT, *Popular Culture and Popular Protest in Late Mediaeval and Early Modern Europe*, London-New York., Cambridge University press, 1987.

⁸⁶ Richard HOGGART, *The uses of Literacy*, new Jersey, 1ª ed., 1957, New Brunswick-U.S.A., London, ed. 1992.; J.K. HYDE, *Literacy and its Uses, Studies on Late Medieval Italy*, ed. Daniel Waley, Manchester, University of Manchester press, 1993; Lawrence STONE, *The Educational Revolution in England, 1560-1640*, "Past and Present", 28 (1964), pp. 42-80 y *Literacy and Education in England 1640-1900*, 42 (1969), pp. 70-139.; David VINCENT, *Literacy and Popular Culture, England 1750-1914*, New York-Melbourne Sidney, Cambridge University press, 1989.

⁸⁷ Sarah BECKWITH, *Ritual, Church and Theatre: Medieval Dramas of the Sacramental Body*, en *Culture and History, 1350-1600, Essays on English Communities, Identities and Writting*, ed. David AERS, New York, Harvst Wheatshaeaf, 1992, pp. 65-89. Ver, por ejemplo, en relación con la pintura

de la producción de los textos escritos y su difusión social lo que está concentrando mayores esfuerzos. La nota distintiva de estas nuevas aproximaciones es su énfasis en la caracterización de las funciones y prácticas de la lectura. Cualquier intento de configurar una historia de la social de la alfabetización debe tener en cuenta no solamente la escritura sino también la lectura. El marco teórico de esta historia, de acuerdo con la nueva historia cultural pasa por ser una encrucijada entre la crítica textual, la historia del libro y la sociología cultural. Desde el primer momento de su existencia, el texto escrito cobra significación social a través de su forma material (documento o conversión en un libro manuscrito o impreso) y del proceso de transmisión de su mensaje o significado a los lectores u oyentes. La lectura, como ha formulado Roger Chartier, lejos de entenderse como una mera sumisión al significado que el texto quiere imponer es un "proceso creativo", en el cual, el mundo del texto y el del lector se encuentran dando lugar a la interpretación. De este modo, el historiador se encuentra con dos importantes campos de estudio: el primero viene delimitado por el modo en que los textos y su forma manuscrita o impresa organizan la lectura prescrita (prefacios, prólogos, comentarios, notas, etc.) y el segundo por los diferentes tipos de lecturas individuales o la reconstrucción de comunidades de lectores, es decir, miembros que comparten el mismo estilo y estrategias de lectura. Por otra parte, Chartier, aboga por la distinción entre el autor, texto y su forma impresa como categorías que mantienen una relación compleja. Los autores no escriben libros. Los libros son manufacturados por escribas, impresores, ya que, ningún texto existe fuera del soporte material que hace posible su lectura. El historiador debe desarrollar indicadores que permitan establecer también una clasificación de los distintos tipos de lectura: lectura en voz alta o en silencio, para uno mismo o para otros, en público o privado y lectura religiosa o laica.⁸⁸ Además, debe determinar los paradigmas de lectura de una comunidad de lectores en un lugar y tiempo dado. Por ejemplo, David Hall ha estudiado ciertas lecturas puritanas en la Nueva Inglaterra de los siglos XVII y XVIII.⁸⁹ La determinación de los modos de lectura puede ayudar a reconstruir como los libros eran comprendidos y aprehendidos. La aproximación de tipo estadístico que ha dominado la historia cultural no es, según Chartier, suficiente, ya que, asumir una simple correlación entre niveles sociales y culturales que se delimita a través de parámetros fijos supone descartar los modos en que los grupos sociales o los individuos utilizan temas o formas compartidas. Las divisiones culturales no se organizan necesariamente de acuerdo con apriorísticas divisiones de grupos sociales Sin desestimar en una primera fase la necesaria

Cecil H. CLUGH, *Italian Renaissance Portraiture and Printed Portrait-Books*, en *The Italian Book. 1465-1800*, ed. Denis V. REYDY, Londres, The British Library, 1993, pp. 183-223.

⁸⁸ Roger CHARTIER, *The Order of Books. Readers, Authors and Libraries Between the Fourteenth and Eighteenth centuries*, Cambridge-Oxford, Polity Press, 1994, pp. 160-166. Algunas de sus propuestas se encuentran ya en su anterior *Les usages de l'imprimé, XV-XIX^e siècles*, Paris, Fayard, 1987.

⁸⁹ David HALL, "Introducción: *The Uses of Literacy in New England, 1500-1850*," en *Printing and Society in Early Modern America*, ed. William L. JOYCE, Worcester-Massachusetts, 1983, pp. 1-47.

contribución de las series de propietarios de libros, clasificaciones temáticas, etc.⁹⁰ la historia de los textos y de los libros debe reconstruir las variaciones en las prácticas de la lectura. El uso e interpretación de los textos no responden siempre a las intenciones de aquellos que producen el discurso. Todo texto, sea cual fuere su forma, reposa en cierta tradición o autoridad pero también guarda en si los recursos secretos para ser cuestionado. En contra de clasificaciones restrictivas basadas en diferencias socioprofesionales, religiosas, educativas, de sexo, etc. el citado autor, propone la designación de áreas sociales donde ciertos textos o géneros impresos circulan. Así mismo, perfila texto, autor y lector como los tres vértices de una relación triangular. Dado que no puede haber un texto sin el soporte material que le hace accesible al lector, es necesario distinguir entre la intención del autor y los límites impuestos en el proceso de manufactura o impresión del texto. Entre el texto escrito por el autor y su transformación en un objeto escrito disponible media un espacio donde, Chartier, entiende se construye el significado del texto.⁹¹ Gran parte de la historia de libro cultivada por la tradición bibliográfica anglosajona y la historia de base cuantitativa francesa obviaba el papel del autor. Sin embargo, la creciente influencia de la crítica literaria ha promovido un retorno del interés por autor. A ello se ha unido lo que MacKenzie denomina "sociología de los textos", es decir, el modo en que el soporte material a través del cual se transmiten los textos incide en su significado.⁹² En otras palabras, el autor, el soporte material del texto y la actividad creativa del lector, a través de las diferentes prácticas de lecturas, participan en la construcción del significado de un texto escrito. No es difícil ver en estas nuevas propuestas de lo que Pierre Bourdieu califica de "sociología de la producción cultural" algunas de las ideas de Michael Foucault, anteriormente expuestas, sobre el discurso y la función del autor.⁹³

El énfasis en la historia de la lectura ha sido especialmente revelador para el estudio de la alfabetización en la Edad Media, un período característico de la simbiosis entre lo oral y lo escrito. La investigación reciente sobre la interacción entre oralidad y lectura ha aumentado las posibilidades hasta ahora concedidas a los lectores laicos, así como la valoración de la extensión de la alfabetización que hizo posible la invención de la imprenta en la Baja Edad Media. En los siglos XVI y XVII el estilo

⁹⁰ Antonio CASTILLO y Carlos SÁEZ, recogen en el artículo ya citado los trabajos más relevantes realizados sobre la producción del libro por la historiografía italiana y francesa en las dos últimas décadas.

⁹¹ Roger CHARTIER, *op. cit.*, pp. 6-10.

⁹² Donald MACKENZIE, "The Book as an Expressive Form," en *Bibliography and The Sociology of Texts*, The Panizzi Lectures, Londres, 1986, pp. 1-21.

⁹³ Pierre BOURDIEU Y Roger CHARTIER, *La Lecture: une pratique culturelle*, en *Pratiques de la lecture*, ed. Roger CHARTIER, Marseille, 1985, pp. 217-239. Ver Michael FOUCAULT, *L'Ordre du discours*, Paris, 1970, traducción inglesa de A. M. SHERIDAN, en *The Archeology of Knowledge*, New York, Vintage, 1972.

de lectura implícito en el texto, fuese literario o no, era todavía una "oralización" y el lector era el oyente de un discurso leído.⁹⁴

Por último, un campo de estudio tradicional de la historia intelectual y cultural como son las bibliotecas, ha sido objeto de revisión por la nueva historia cultural. En su artículo de 1991 Harvey J. Graff resumía las complejas y variables relaciones entre la historia de la alfabetización y lectura y la historia de las bibliotecas. En el mismo, estudia, a través de testimonios personales, las prácticas de lectura en relación con las bibliotecas y la configuración de las vidas ordinarias de personas que participaron de la vida socio-cultural de los siglos XVIII y XIX.⁹⁵

En definitiva, la nueva historia cultural esta comprometida en la comprensión de viejos y nuevos temas, al mismo tiempo, desde los horizontes teóricos que los paradigmas de esta segunda mitad de siglo han ido consolidando en las tres últimas décadas. Es de esperar que la historiografía se vea enriquecida tanto por los cultivadores de las nuevas corrientes como por la crítica de sus detractores en este aún inconcluso período de cambio.

⁹⁴ D. H. GREEN, *Orality and Reading: The State of Research in Medieval Studies*, "Speculum," 65 (1991) p. 268 y Michael T. CLANCHY, *Looking Back from the Invention of Printing*, in Daniel P. RESNICK, *Literacy in Historical Perspective*, Washington, D.C, 1983, pp. 7-22.

⁹⁵ Harvey J. GRAFF, *Literacy, Libraries, Lives: New Social and Cultural Studies*, "Libraries and Cultures," 26 (1991), pp. 24-45.